



CAPÍTULO II

SUMARIO

Eximias dotes de Jesucristo y del alma perfecta; grado supremo del amor divino.—Unión real con Cristo Sacramentado, y sus efectos.—Es exhortada el alma al trabajo espiritual: otros especiales efectos de la Eucaristía.

Yo soy flor del campo, dice el Salvador, y lirio de los valles (1). En primer lugar, Jesucristo es flor, según profetizó Isaías: «Y saldrá una vara de la raíz de Jesé, y de su raíz brotará una flor, y el espíritu del Señor descansará sobre ella» (2); es flor además, porque es hermosísimo, deseable y amoroso. Mas es flor, no de los jardines que están cercados de setos para impedir la entrada á otras personas que no sean los dueños, sino del campo, que está completamente abierto á cuantos quieran entrar en él. El campo, dice Alano, es la Humanidad de Cristo, y la flor de este bellísimo campo es la Eucaristía, el mejor aroma que exhaló la omnipotencia divina. La sagrada Eucaristía está abierta á to-

(1) Ego flos campi, et lilium convallium. Cant. II, 1.

(2) Isai. XI, 1.

dos los que con devoción desean acercarse á Ella, y por eso la flor del campo es su perfecto símbolo. De igual modo, Cristo Jesús en el Sacramento es el lirio de los valles, pues así como éste se cría en lugares humildes y recrea á los transeuntes, así el Divino Sacramento permanece en los sagrarios, lugares humildes en comparación de lo que merece tan alto Señor, y recrea á la Iglesia Católica.

Dirigiéndose al alma cristiana, la elogia de este modo: *Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas* (1). Así como el lirio, símbolo de inocencia y humildad, crece lozano y fresco entre las espinas, del propio modo el alma santa adelanta en perfección en medio de tantas pasiones, contradicciones, trabajos, vituperios y persecuciones, causados por las almas imperfectas, que á esto vienen las palabras *así mi amiga entre las hijas*; pero á la manera que un lirio desarrollado entre las espinas es mucho más estimable, por razón de no ser tocado de ellas, así el alma perfecta, en medio de tantas imperfectas, es mucho más merecedora de gloria temporal y eterna.

Esto que oyó el alma santa, moviéndola á elogiar á Jesucristo, diciéndole: (2) *Como el manzano entre los árboles de las selvas, así mi amado entre los hijos. Á la sombra de Aquél á quien había deseado, me senté; y su fruto dulce á mi garganta*. Según la letra del sagrado Epitalamio, los esposos figuran hallarse en el campo, y por eso el Amado es comparado al manzano entre los demás árboles de las selvas. Hay autores, como Alápide, que toman el fruto del manzano en sentido genérico, pero otros, y son los más, exponen que, aun cuando el manzano no aventaje á otros árboles, como á la palmera por su gallardía, ó al plátano por su deliciosa sombra, empero no puede envidiarlos ni por estas cualidades, ni menos por sus ricos y olorosos frutos, particularmente porque simboliza la humildad y caridad, virtudes en las que descolló eminentemente Cristo Nuestro Señor en

(1) Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias. Cant. II, v. 2.

(2) Sicut malus inter ligna silvarum, sic dilectus meus inter filios. Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi: et fructus ejus dulcis gutturi meo. id.

todas las obras de su vida, especialmente en la primorosa obra de la Eucaristía. Ésta es el verdadero manzano; el sólido y suavísimo fruto con el cual nos sustentamos; y de este sentir son Filón de Carpacio, Orígenes, S. Gregorio Niceno y S. Anselmo. El manzano, dice el Niceno, deleita nuestros sentidos; los ojos con el color, el olfato con el olor y el gusto con el sabor, y del propio modo lo causa Cristo Sacramentado. Filón de Carpacio añade, que dicho excelente fruto da comida y bebida al mismo tiempo: también Cristo en la Eucaristía da su carne en comida y su sangre en bebida. En suma: S. Gregorio afirma que en verdad el manzano simboliza á Cristo, y los demás árboles silvestres á los puros hombres, porque sólo en Cristo encontramos la Comida de salvación que, bien recibida, nos conduce á la gloria.

¿Cuál será esa grata sombra que había deseado la esposa? El deseado es Cristo, figurado por el manzano; y la sombra de éste representa la virtud de Cristo en la Eucaristía; por lo que afirma S. Bernardo, que la sombra de Cristo es el Santísimo Sacramento del Altar, al cual se acogen los fieles, ávidos del sustento celestial y para ser defendidos de las inclemencias de los enemigos espirituales. Y con razón; Nuestro Divino Salvador reside en la Eucaristía, no sólo para ser sustento del cristiano, sino también para su refugio y consuelo. Debido á esto, la sombra del Señor Sacramentado es tan inmensa que todos los hombres podemos descansar en ella si, movidos del recto deseo, exclamamos con el Real Profeta: «Bajo la sombra de tus alas, amparame, Señor» (1); y seguros podemos estar que nos cobijará, ya que su deseo es inefable, según lo prueban las palabras que dirigió á la desgraciada Jerusalén (2): «¡Cuántas veces quise allegar tus hijos como la gallina acoge sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!» En esta fresca sombra, pues, se sentó la esposa á descansar para comer con sosiego el fruto del árbol, que fué muy grato á su garganta; por las cuales palabras se nos propone doblemente de nuevo el

(1) Ps. XVI, 8.

(2) Math. 23. 37.

Misterio eucarístico; ya que el fruto del árbol es la Divina Eucaristía, la cual es dulcísima al paladar del espíritu.

Explica la esposa lo que le aconteció al comer el mencionado fruto, y así dice: *Me introdujo en la cámara del vino, ordenó en mí la caridad* (1). El vino de que habla la esposa es en efecto el que engendra vírgenes; por lo cual, la cámara del exquisito vino es la misma Eucaristía cuando derrama á torrentes sus delicias. Y por esto menciona *cámara*, porque es como si figuradamente el alma fuese introducida en delicioso baño lleno de aquel precioso licor, y en él satisfaciese su apetito; pero que realmente, cuando recibe con toda devoción á Cristo Sacramentado, es introducida en un insondable é inmenso océano de deleites espirituales. En comprobación del sentido que damos á este verso están S. Gregorio Niceno (2), Ruperto, Pascasio Radberto (3) y otros, quienes, por la cámara del vino, entienden el altar santo donde reciben los fieles el Santísimo Sacramento. Cornelio Alápide, poniendo en boca de la esposa las siguientes palabras, dice: «El mismo rey, mi Esposo, me introdujo en la cámara del vino, esto es: me mandó llegarme al altar del Señor y que tomase el cáliz de salud que, al propio tiempo que alegra á Dios, vivifica al hombre» (4). S. Cipriano, S. Bernardo y S. Buenaventura, añaden que el Espíritu Santo, por esta cámara del vino, quiso dar á entender la íntima, inefable y real unión del alma con Cristo Sacramentado, verificada, no solamente por la caridad, sino por la positiva y real conjunción de las mentes purísimas con Cristo, en la cual unión el alma siente á Cristo como presente, le ama, le adora y le contempla; unión que sólo es propia de las almas muy perfectas, no de otras cualesquiera aunque estén en gracia de Dios. Esta unión admirable, dice Alápide (5), si es considerada por parte de Dios, no es otra cosa que un descendimien-

(1) *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem.* Cant. II, 4.

(2) Hom. 4.

(3) De Eucharist. cap. XI.

(4) Comm. in Cant. II.

(5) Comm. in Cant.

to al alma, ó manifestación del mismo Cristo que reside oculto en la Eucaristía y que se ostenta á las almas purgadas, bajo razón de suma luz y de cierto contacto inefable con el alma y con el cuerpo del que le recibe, el cual contacto no es otra cosa que un dulcísimo abrazo y ósculo purísimos dados á Cristo, efecto de los cuales la esposa es embriagada. Mas si es considerada por parte del alma, es un mutuo abrazo al que sigue la percepción experimental de Cristo, por el que la espiritual dulzura es poseída en el mismo Dios».

El afirmar el alma fiel que Cristo *ordenó en ella la caridad*, fué tanto como decir que le comunicó la gracia general y peculiar del Sacramento, que consiste en esta doble caridad para con Dios y para con las criaturas, á fin de que todos los cristianos seamos unos en Cristo.

Estando la esposa saboreándose con la presencia real de Cristo Sacramentado en su corazón, exclama: *Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor* (1). En suavísimo deliquio, imposible de ser comprendido si no es por aquél que lo percibe, se hallaba la regalada esposa de Jesucristo, cuando, toda fuera de sí, busca que la sostengan con flores y que la cerquen de manzanas, únicos confortativos existentes en el campo, para que ayudada de su perfume suavísimo no desmayara; pero aun por esto mismo parece pretender nuevos y doblados éxtasis con objeto de quedar más tiempo arrobada en el Señor. Pero, ¿serán flores y manzanas materiales las que solicitaba la esposa? De ninguna manera. Jesucristo es la flor, según Él mismo lo dijo, y Él mismo es también el fruto del manzano. Por lo tanto, al querer la esposa ser sostenida con flores y cercada de manzanas, no busca otra cosa sino ser recreada entre los brazos del Salvador. «Se han visto muchas almas santas, dice el V. Scio (2), que, no pudiendo sufrir en sí la vehemencia y fuerza de las encendidas llamas de amor divino en que se abrasaban, pedían á Dios que las templase; pero

(1) Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore langueo. Cant. II. 5.

(2) Notas al Cant. de los Cant.

al mismo tiempo suspiraban sin cesar no por otra cosa que por aquella misma que las hacía caer en desfallecimientos y deliquios».

Prueba de que el cristiano perfecto buscaba ser recreado entre los brazos de Jesucristo, son las palabras que siguen: *La izquierda de Él debajo de mi cabeza y su derecha me abrazará* (1). Ya signifiquen respectivamente esta izquierda y esta derecha la Humanidad y la Divinidad del Salvador, ya también la gracia que se otorga en la vida presente y la gloria que se dará en la venidera, ora los bienes terrenos y los celestiales, ora las cosas adversas y las prósperas, bien la ley vieja y la nueva, y otras tantas interpretaciones como dan los santos y demás expositores á estas palabras, lo cierto es que la esposa habla aquí en sentido absolutamente hiperbólico, y que lo que intenta hacer ver es que al modo que los esposos terrenos, así Jesucristo Sacramentado, aunque de un modo inmaterial y admirable, sostiene y abraza dulcemente á las almas justas. En este divino Corazón, particularmente después de haber comulgado, se halla el alma infinitamente bien, ya que no trocaría este estado por nada del mundo, y debido á esto, no quiere que nadie la estorbe, molestándola con ruido, apartándola de tan dulce lugar ó distrayéndola de tan agradable compañía, lo cual asimismo encarga el Esposo á las doncellas mencionadas, diciéndolas: (2) *Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las corzas y por los ciervos de los campos que no levantéis ni hagáis despertar á la amada hasta que ella quiera*. Es de advertir que el alma quedó extasiada entre los brazos de su celestial Esposo, y que Éste, al ver que reposaba en dulce sueño, la dejó para dirigirse á otros quehaceres suyos; mas, como si el buen cristiano duerme, no obstante su corazón vela, y piensa, y ama, y se entretiene con los dichos y hechos de Jesucristo, de ahí que le parezca ver en sueños á su amado que viene corriendo en su busca y que la da gran-

(1) *Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.* Cant. II. 6.

(2) *Adjuro vos filiæ Jerusalem, per capreas cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, quoadusque ipsa velit.* Cant. II. 7.

des voces para que vuele á su alcance, por lo cual dice: *La voz de mi amado; vedle que viene saltando por los montes, atravesando collados* (1). Y por cierto; esta es una realidad en Jesucristo Nuestro Señor, cuando, deseoso de la salvación de las almas, atraviesa los montes de los trabajos y de las persecuciones, los collados de las ingratitudes que continuamente le inferimos, y vuela en busca de las extraviadas; y como su deseo por lograr semejante fin es indecible, por eso el alma cristiana le compara á la corza y al cervato, cuya ligereza es bien conocida. *Semejante es nuestro amado* (dice) *á la corza y al cervato* (2); descubriendo particularmente semejante propiedad cuando quiere darse en la Eucaristía; al llamamiento del sacerdote, baja velozmente del cielo: cuando un corazón le busca, le halla siempre presente. Y el alma perfecta que le desea, le contempla y le siente por la fe y, como ansiosa de que more pronto en su corazón, exclama transportada en gozo: (3) *Vedle que Él mismo está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, acechando por las celosías*. Vedle, sí; ved su Divinidad y Humanidad presentes en la Santa Hostia, aunque veladas con las especies sacramentales, delgado velo que impide la vista material del Salvador y ejercita al propio tiempo nuestra fe; vedle que está acechando por las ventanas y celosías de esos mismos accidentes eucarísticos, y cómo observa nuestros actos, entiende nuestros pensamientos y accede á nuestros deseos; ved que, cual enamorado Esposo, la dea su sacrosanta cabeza para que el alma predilecta, como ave en la enramada de la Iglesia, cante á su celestial Esposo dulces cantos de amor sagrado; vedle, en suma, mostrarnos tanto cúmulo de gracias que ha prometido al que le reciba Sacramentado, porque todo esto y mucho más practica Cristo en el Sacramento.

Mas no ha concluido de hablar todavía la esposa, porque

(1) Vox dilecti mei, ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles. Cant. II, 8.

(2) Similis est dilectus meus caprea, hinnuloque cervorum. Cant. II, 9.

(3) En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos. Cant. II, 9.

tampoco el celestial Esposo ha cesado aún de obsequiarla. *He aquí, que mi amado me dice: Levántate, apresúrate amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven* (1). Levántate, amiga mía; tú que un día te convertiste á mí; apresúrate, paloma mía; tú que aprovechaste en mis caminos; ven, hermosa mía; tú que gozas del inmerecido honor de estar sin mancha ni arruga: ven á recibir mis espirituales caricias y á estar un rato conmigo, porque me han desamparado ingratos hijos míos; ven, porque *ya pasó el invierno* (2) de las tentaciones y sequedades que solían afligirte, *se fué la lluvia* (3) de las persecuciones, y *se retiraron* (4) lejos de ti; estamos en la alegre y florida primavera que da paso al fecundo verano; dorada está la alta cumbre, y la deseada aurora llega; el horizonte, bañado por el crepúsculo matutino, semeja á un tranquilo mar de desleída plata; el rubicundo señor de los astros levanta erguida su cabeza y despliega con majestad las doradas hebras de sus finos cabellos; vense colorados el monte y el valle; el suave céfiro besa las ramas bulliciosas de los floridos árboles: *las flores parecieron en nuestra tierra* (5) que se halla alfombrada de pintados claveles y de exquisitas rosas; *el tiempo* (6) *de la poda ha venido*; y *la voz de la tórtola*, juntamente con los melodiosos trinos de los ruiséñores y de las alondras, *se ha oído en nuestra tierra*; (7) las ricas fuentes dejan brotar su delicioso y nacarado líquido, con el que son regadas las hermosas vegas y extensas campiñas; las soberbias ondas del inmenso océano han calmado, y con blando suspiro envía sus tranquilas olas á la arenosa playa: *la higuera brotó sus brevas, las viñas en cierce dieron su olor* (8). Todo, todo convida; bellas flores, sazonados frutos, deliciosos aromas y fragantes olores;

(1) En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. Cant. II, 10.

(2) Jam enim hiems transit. Cant. II, 11.

(3) Imber abiit. Id.

(4) Et recessit. Id.

(5) Flores apparuerunt in terra nostra. Cant. II, 12.

(6) Tempus putationis advenit. Id.

(7) Vox turturis audita est in terra nostra. Id.

(8) Ficus protulit grosos suos: vineæ florentes dederunt odorem suum. Cant. II, 13.

los armoniosos é inspirados cánticos de mis sacerdotes, las sonoras y arpadas lenguas del órgano, las fervientes plegarias de los fieles; todo junto forma un contraste tal, que sólo su hermosura te debe mover á que vengas, ¿cuánto más, puesto que en mi Corazón sacramentado encontrarás la suavidad de todas estas bellezas físicas, y mayor riqueza, en infinito grado que todas ellas juntas? Por tanto: (1) *Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.* Mas esta voz del Esposo, que con poéticas frases dirige al alma perfecta, no es sino para que comprenda ésta cuál es la belleza espiritual que encierran las mismas, ya que por las flores que parecieron en la tierra de los esposos, se significan los innumerables santos que florecieron en la Iglesia y que dieron olor al mundo con sus relevantes virtudes; por el tiempo llegado de la poda, el cuidado que debemos tener todos en arrancar los inmundos vicios y cortar los malos deseos y perversas compañías que hayamos adquirido; por la voz de la tórtola, los gemidos, penitencias y buenas obras que manifestaron los justos de la ley de gracia; por las brevas, que son los primeros frutos que da la higuera, los apóstoles y demás discípulos del Señor; y por el olor de las viñas los innumerables gentiles que se convirtieron á la fe de Jesucristo.

Paloma mía; prosigue el Esposo, *en los agujeros de la peña, en la concavidad de la albarrada, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis orejas: porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso* (2). Paloma mía, le dice el Señor, ya que estás purificada de tus pecados... Aquí se han de tener presentes cuatro cosas: 1.^a. Suene tu voz en mis oídos, y da la razón: porque tu voz es dulce; mas los santos Padres entienden por esta dulzura de voz, la confesión de fe cristiana que hace la esposa. 2.^a. Muéstrame tu rostro, porque es hermoso; y por estas palabras entienden los expositores la fe que tenemos en Dios, acompañada de las buenas obras; y

(1) Surge, amica mea, speciosa mea, et veni. Cant. II, 13.

(2) Columba mea in foraminibus petrae, in caverna macerata; ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis, et facies tua decora. Cant. II, 14.

así dice S. Ambrosio (1) de ambas cosas: «Es suave la voz de la esposa porque con su boca confiesa nuestra fe; y su rostro es hermoso porque no se avergüenza de Jesucristo», y la versión caldaica añade: «Muéstrame tu rostro y tus obras buenas; haz que oiga tu voz, porque es suave por la oración que practica en mi santuario y tu rostro es hermoso con las buenas obras». La 3.^a y 4.^a circunstancias que se deben tener presentes, en este verso, son, que la esposa ha de hacer oír su voz y tiene que mostrar su rostro, precisamente en los agujeros de la peña y en la concavidad de la albarrada; en los primeros, porque en ellos se significan las sacratísimas llagas de Cristo, piedra fundamental de la Iglesia y en la segunda, porque esa concavidad representa la abertura practicada en el costado del mismo Señor.

Cuando en dulces coloquios entretenidos se hallan dos fieles amigos, les disgusta mucho que otras personas ajenas á su amistad les distraigan de su objeto, en cuyo caso mandan á sus criados despidan á los molestos; y esto mismo, con relación á Jesucristo y á las almas cristianas, se verifica, según este precioso verso de los Cantares: *Cazadnos las raposas pequeñas, que asuelan las viñas; pues nuestra viña está ya en ciernes* (2).

Á continuación el alma santa, viendo el indecible amor que le profesa el Salvador, le dice: *Mi amado para mí y yo para él, que apacienta entre lirios* (3). El amor tiende necesariamente á la estrecha unión; y cuando dos almas se aman con afecto verdadero, no quieren divertir su amor á otra criatura que á la que profesan el afecto mencionado. Esto sucede de un modo más eminente entre Jesucristo y los cristianos perfectos, verdaderos lirios entre los que descansa Nuestro Señor Sacramentado.

Mas el Divino Esposo se apacienta entre los lirios *hasta que sople el día y declinen las sombras* (4), es decir; hasta

(1) In Ps. 118; sem. 6.

(2) Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas: nam vinea nostra floruit. Cant. II, 15.

(3) Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia. Cant. II, 16.

(4) Donec aspiet dies et inclinentur umbræ. Cant. II, 17.

que desaparezcan las tinieblas de esta vida y aparezca el claro día de la eternidad; porque es cierto que nuestro buen Jesús Sacramentado sólo puede apacentar en nuestro corazón mientras permanezcamos en este valle de lágrimas, porque cuando resucitemos á la luz de la perdurable vida le hemos de poseer eternamente, mediante la visión clara y gozo completo de su Divinidad y Humanidad santísimas. Se sobreentiende también, que la esposa, deseando no apartarse nunca de su amado, solicita verlo en la Comunión al siguiente día, porque muchas veces parece como que se aparta el Señor de nosotros, á fin de experimentarnos en las tentaciones y trabajos. Por eso continúa diciéndole: *Vuélvete; sé semejante, amado mío, á la corza y al enodio sobre los montes de Bether* (1): Como si dijera: Ven pronto, amado mío, porque es imposible que viva sin ti; por lo tanto, sé semejante á la corza y cervatillo, los cuales por su ligereza parecen volar y así podré yo gozar de tu amable presencia.

(1) Similis esto, dilecte mi, caprea, hinnuloque cervorum super montes Bether. Cant. II, 17.



CAPÍTULO III

SUMARIO

Infatigable afán del alma casta por buscar al Esposo Sacramentado y esfuerzos para hallarlo.—Después de hallado lo conserva en su corazón.—Alabanzas que profiere el alma santa en obsequio de Jesucristo.

En mi lecho, por las noches busqué al que ama mi alma; le busqué y no le hallé (1). Por este lecho entienden los exégetas el de la pereza y propia comodidad, el de la curiosidad y ocio, y el de la propia voluntad. ¿Cómo, pues, el alma cristiana podía hallar al Salvador en estas grandes vanidades? En efecto: á Cristo Nuestro Señor, en expresión de S. Ambrosio, no se le puede hallar sino entre sus perseguidores y deicidas; entre sus trabajos, su pasión y su preciosa muerte; según otros santos, en nuestro corazón ó en nosotros mismos cuando, contritos de verdad, le deseamos; pero positivamente se le halla para el objeto que solicitaba la esposa, que era gozarse con Él, cuando corremos al tabernáculo santo, donde reside Sacramentado. *Me levantaré, añade la esposa, y daré vueltas á la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le hallé* (2). Viendo el alma casta que de ningún modo podía hallar á su Amado, se anima á levantarse de su vanidosa postración para ir á buscarle fuera

(1) In lectulo meo per noctes quæsi quem diligit anima mea: quæsi illum, et non inveni. Cant. III, 1.

(2) Surgam, et circuibo civitatem; per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea, quæsi illum, et non inveni. Cant. III, 2.